EL JADEO DE LA NOCHE

(Por Guillermo Saccomanno) —Escuchá —dice el Bebe, el portero de noche del hotel La Tonina Blanca—. El silencio. La profundidad. Estamos en la barriga somnolienta de la tonina. Bastante más estrecha que el vientre de la ballena. El Leviatán tiene su grandeza, pero una tonina...

Está empezando la última semana de febrero. Y a fin de mes, la Villa quedará vacía. Al Bebe le produce cierta inquietud el hotel desierto. Mientras está lleno, se preocupa por ver el encaje del destino de los huéspedes con el I Ching: cada cuarto, según el Bebe, coincide con un hexagrama del libro. Y estas tribulaciones las complementa con todo lo que sabe de *Moby Dick*. El I Ching y *Moby Dick* son sus biblias privadas. Pero tienen sentido en la medida en que las habitaciones se llenan. Y ahora que el hotel se va a vaciar, hay un temblor en la voz del Bebe anticipándose a la evacuación:

—A algunos los odio. Otros me dan piedad —dice—. Pero ninguno me deja indiferente. Y lo peor es que cuando termine la temporada me voy a quedar pensando en sus vidas. El observador es lo que observa. Y como a todos ellos los tengo calados, me desespero pensando en qué será de sus vidas. Y ésta es una forma de solidaridad.

Hace tiempo que el Bebe abandonó el alcohol. Reemplazó la ginebra por el *earl grey*. Pero su voz, el tono con que dice, tiene la cadencia de sus antiguos monólogos borrachos. Y cuando cuenta una historia se tiene la impresión de que es siempre la misma. *El buen guitarrero toca con una cuerda*, ha dicho el Bebe.

—Vos mirás cada habitación y es un destino —dice—. Pero si las mirás todas, es el caos y el orden cósmico. El caldero, en el *Libro de los cambios*, se refiere a la organización y el funcionamiento de la sociedad. Y este hotel, cualquier noche, ésta, por ejemplo, es un caldero. Te puedo contar lo que pasa en cada cuarto, quién está hospedado, etcétera. Escuchás el silencio. Y es la nada. Pero la nada es el todo. Y aquí, en este hotel, a esta hora de la madrugada, está todo. Escuchá, el silencio muge, como una vaca. El animal patrio sagrado.

Con un gesto cansado, el Bebe abarca el palomar con las llaves. Prende un negro. Y sigue:

—Cuarto por cuarto, vida por vida, aquí tenés una reproducción en escala de la especie humana en general. Puedo contarte miserias y grandezas de todos y cada uno de los huéspedes, sin distinción de edad ni sexo. Arriba, metidos en sus cuartos, duermen, cogen, sufren, se prometen venganzas y redenciones ilusionándose con una vida mejor, porque en estos días de playa todos y cada uno se sienten a la altura de sus deseos. Escuchá, silencio total. Pero prestale atención al mugido del silencio. Es el sonido de sus sueños y pesadillas. Y a medida que pasan las horas y la noche se adentra en la madrugada, el mugido se condensa en el cráneo. Y siento que las paredes de mi cabeza van a resquebrarse y estallar en un gran hongo atómico de semen, lágrimas, excrementos, sangre y flujos diversos, de lo que estamos hechos, pura materia frágil. Por suerte, creo, ellos no se dan cuenta de nada. Y mañana, apenas pinte el solcito, todos se van a largar corriendo a la playa, con la proximidad del otoño pisándoles los talones, aprovechando el gustito mezquino de estos últimos días como si el mar fuera a secárseles para siempre. Porque en poco tiempo van a volver a sus mataderos cotidianos, a sus pasiones en cuotas, a sus abismos de caja chica. Vos dirás quién carajo se cree este tipo para hablar así. Como decía Scott: "Hablo con la autoridad que me da el fracaso". ¿Escuchás? Pronto va a aturdir. Y será insoportable.

Puede ser sugestión. Lo cierto es que ya no se oye el chapoteo del mar a media cuadra. Y el silencio es un jadeo denso, gutural.

—En efecto, soy un Jonás de cuarta. Perdí la fe. Pero, en estos tiempos en que nadie persigue ballenas blancas, encerrado en la barriga de una tonina, ¿se puede ser otra cosa que un Jonás de cuarta?

Ahora el mugido es una masa compacta que avanza por los pasillos del hotel cargada de estática. Al Bebe se le taponan los oídos.

—Escuchá —dice—. Este es el peor momento. Sentí el temblor de los cimientos.



LA BOVEDA DEL CIELO

Por Carlos Polimeni

Federico parece levitar suavemente sobre el piso impersonal de ese boliche de gatos finos, futbolistas insomnes, aspirantes a un lugarcito en la nada de los medios, periodistas tramposos. Lo veo como a un ángel levemente extraviado en un shopping erótico, y lo imagino seguido todo el tiempo por una pálida luz cenital invisible, y un segundo después él gira la cabeza, hace un paneo distinguido, y encuentra mi mirada, la mantiene, sólo después me reconoce. Sentado entre un viejo y vencido cronista de la noche y una rapidísima buscadora del flash de la fama, me dice que es muy tarde, que en realidad anda en pos de un amigo que conoció hace poco en Mar del Plata y le mencionó que paraba de noche por los boliches de Santa Fe y Pueyrredón. Antes de que la cosa se prolongue demasiado se va, otra vez levitando, distinguido, pálido y bello.

Es *FedericoMoura¿loconocés?*, el de Virus, le dice Félix a Sabrina noséqué que sueña con una nota en una revista pero probablemente hasta ahora lo único que ha hecho es coger con actores de segunda. Siento piedad por mí mismo y odio por haber aceptado acompañar a Félix, que, a su vez, supongo, encontró en mí la excusa ideal para huir del cumpleaños de su hijo veinteiañero Sergio, de los amigos judíos, de la sensación de derrota de haber perdido el departamento de dos ambientes en el Once que compró rompiéndose el culo, cuando su matrimonio iba bien y los cachorros rubios eran un sueño.

Estoy diciendo que me voy, que es tarde, y otras pamplinas, cuando Federico entra de nuevo, decidido a buscarme. Tomamos café, salimos, paramos el primer taxi, descubrimos que somos vecinos, viajamos juntos de madrugada, bajando por Viamonte como por una autopista. Me invita a bajar en su casa, le digo que sí, pago, y sólo entonces tengo la leve sospecha de que me ha *levantado* y que su actitud, entre tímida y divertida, conserva un pequeño matiz de burlona duda. Fumamos chocolate, tomamos vino blanco, y el departamento parece colgado de la bóveda del cielo. Hablamos, hablamos, hablamos. Creo que una vez dentro del mecanismo me *defiendo* hablando. Me muestra el balcón, su dormitorio, la discoteca. El departamento es de *un amigo* que está en Nueva York. Estamos cara a cara, ahora, en el símil bar de taburetes altos que separa a la cocina posmodernísima del living. Sus ojos brillan y en un gesto infantil de extrema delicadeza se acaricia el pelo como desenredando inexistentes enredos. Hoy, ocho años después, cuando pienso en su actitud de ese momento, lo veo como un torero preparándose para una estocada. "¿Me podés decir —susurra, y se ríe— hasta qué hora vamos a seguir jugando al periodista y al músico?" Me quedo mudo. Tiene razón.

Lo siguiente que recuerdo es el amanecer anaranjado.

* * *

Existen en la vida buenas personas y personas que *trabajan* de buenas personas. Como aquel que se cree su propia mentira hasta transformarla en una casi verdad, defendiéndola incluso a muerte, los que *trabajan* de buenas personas, en lugar de serlo, deben ser asumidas como seres temibles: ambiciosos ocultos, vampiros del afecto. Como el que mantiene una mentira hasta la última consecuencia, y contra todas las evidencias, el que te ha hecho *un trabajo* de buena persona —para ganar tu confianza, para acceder a tu intimidad, para limpiarte del camino después de haberte usado— jamás lo reconocerá abiertamente cuando te cague. Una buena persona que te caga, o comete un error, lo reconocerá, más temprano que tarde. El que te ha hecho *un trabajo* de buena persona, jamás. Para su estrategia global, significaría algo irreparable. Sin embargo, para el que sabe ver, experiencia ligada en forma indisoluble a frustraciones previas con esta clase de sujetos, ese dato, esa nadería, suele ser índice seguro.

Los que *trabajan* de buenas personas, para pasarla mejor, o porque no se bancan revelarse tal cual son —los lagartos de Invasión extraterrestre *necesitan* mimetizarse con humanos, si bellos mejor— son una raza ciudadana infinitamente más peligrosa que las malas personas. En ambientes cerrados que a veces parecen cotos (¿de ahí viene cotolengo?), el de los escritores, el del rock, el del periodismo, el de los empresarios, el de los cineastas, el de los actores, los *trabajadores de buenas personas* podrían construir si no un gremio por lo menos una mutual. El problema central es que las buenas personas no viven dando pruebas de serlo, y los que *trabajan* de buenas personas suelen desvivirse por exhibirlo generosamente, incluso al punto de conflictuarte, de meterte en intríngulis afectivos, en laberintos ideológicos, en callejones sin salida. A veces, son como una droga, e incluso su desaparición revela el tenor de nuestra adicción. Sólo cuando uno está curado —con frecuencia, *de espanto*— y se siente en condiciones de ser autocrítico puede dimensionar hasta qué punto fueron sus carencias, sus baches, sus manías las que le hicieron entrar en los sofismas de esa persona que ayer te presentaba a su familia en una cena en tu honor y hoy que, digamos, ascendió socialmente o ganó dinero, o se casó, o cambió de trabajo, o se hizo jefe, o ganó un premio, o se divorcio, o vendió muchos discos o libros, o empezó a ser consultado por las revistas semanales, o tiene un romance tórrido, apenas te saluda como rendido ante lo inevitable, o dice "hace tiempo que no lo veo" cuando le preguntan por vos, como fastidiado de que un tercero te saque a colación, o busca liquidar con rapidez la situación del encuentro casual pretextando un apuro inexistente. Habitualmente, reposicionados, los *trabajadores* de buenas personas están ya en nuevos *trabajos*.

* * *

Federico Moura era una buena persona. Las escasas veces en que tuve ganas de contarle a alguien la historia de aquella noche cálida y de terciopelo, usualmente me preguntaron si habíamos cogido y no me creyeron cuando respondí que no. Un amigo gay repetía que es increíble cómo la gente cataloga a la gente por sus preferencias respecto de un asunto —el sexo— que en el mejor de los casos le lleva a una persona, digamos, 20 de las 168 horas que tiene una semana. (Ojo que el cálculo incluye casi tres horas diarias de sexo, una barbaridad o una condena para el común de los mortales.) Pero es así. Desde que Federico murió de SIDA en 1988, las escasísimas veces en que surgió el tema en alguna conversación, noté cómo me miraban inquisidora y tristemente algunas de esas personas —sí, buenas y *trabajadoras* de buenas— que sabían algún detalle, y que sólo mi aspecto robustiano les devolvía tranquilidad y reposo. Más de una de ellas se ha quedado perpleja alguna vez que me sorprendió a los abrazos y besos con Fernando Noy, y su pureza trola. Noy es algo más que una buena persona, es una bella persona.

Es curioso. Cuando vuelvo a pensar sobre aquella buena época en el rock porteño de mediados de los 80 —cocaína, desenfreno, Alfonsín, optimismo, velocidad, velocidad, velocidad—, cuando Fito Páez y Calamaro podían ser *solistas de proyección* y a la vez tecladistas de las bandas de Charly García, no dejan de asaltarme las imágenes de las muertes de Federico, de Luca, de Miguel Abuelo, especies de síntomas brutales, de precios, de corolarios de un síndrome de vacío y búsqueda, de experimentación, de desenfreno, oscuridad y clandestinidad.

* * *

Federico tenía una apreciable ventaja sobre otras buenas personas: se le notaba, era transparente. Tal vez tenía un aura. Jamás *trabajó* de buena persona, y me consta que tenía un instinto especial para distinguir a los que sí. Un periodista progre *astuto al extremo* le preguntó cierta vez sobre si no era muy explícito incluir un dibujo de un culo masculino en el disco *Superficies de placer* y Federico le contestó que no encontraba la relación, que no entendía la alusión, y lucía por fuera honestamente desconcertado pero su interior bullía de satisfacción por resistir la tentación de ser puntual, o enojarse, o embolarse, y mantener el juego a aquel que no se animaba a preguntarle de una y de frente por la homosexualidad. Cuando me contaba la anécdota, un día después en la calma blanca del departamento viejo que había comprado en Piedras, entre Venezuela y Belgrano, donde moriría poco después cantando en susurros a su madre una canción como muy antigua, sus ojos brillaban de emoción y encanto. Le fascinaba no ser primitivo ante las agresiones y al tiempo se primitizaba al extremo a la hora de jugarse, y poner el cuerpo si era necesario.

Eso —la sensación de haberme topado con una buena persona con un aura invisible pero presente, y su primitividad, sublimada en aristocracia de las formas— tenía en la cabeza, entre otras cosas etéreas, aquella noche rumbo al día en que emboqué el ascensor y salí del departamento colgado de la bóveda del cielo, hace tanto que ya parece un siglo. No he vuelto a ver en Buenos Aires amaneceres anaranjados.

Carlos Polimeni —editor del suplemento **No** de este diario y autor de una biografía best seller sobre el santo ítalo-argentino Luca Prodan— viene preparando hace tiempo un libro cuyo título provisorio es "Historias de sexo, drogas y rock and roll". El fragmento que aquí adelantamos tiene que ver con otro angel caído —Federico Moura— y con las verdaderas buenas personas. Mejor hablar de ciertas cosas, de ciertos virus.

LA BOVEDA DEL CIELO

Por Carlos Polimeni

Federico parece levitar suavemente sobre el piso impersonal de ese boliche de gatos finos, futbolistas insomnes, aspirantes a un lugarcito en la nada de los medios, periodistas tramposos. Lo veo como a un ángel levemente extraviado en un shopping erótico, y lo imagino seguido todo el tiempo por una pálida luz cenital invisible, y un segundo después él gira la cabeza, hace un paneo distinguido, y encuentra mi mirada, la mantiene, sólo después me reconoce. Sentado entre un viejo y vencido cronista de la noche y una rapidísima buscadora del flash de la fama, me dice que es muy tarde, que en realidad anda en pos de un amigo que conoció hace poco en Mar del Plata y le mencionó que paraba de noche por los boliches de Santa Fe y Pueyrredón. Antes de que la cosa se prolongue demasiado se va, otra vez levitando, distinguido, pálido y bello.

Es *FedericoMoura¿loconocés?*, el de Virus, le dice Félix a Sabrina noséqué que sueña con una nota en una revista pero probablemente hasta ahora lo único que ha hecho es coger con actores de segunda. Siento piedad por mí mismo y odio por haber aceptado acompañar a Félix, que, a su vez, supongo, encontró en mí la excusa ideal para huir del cumpleaños de su hijo veintieañero Sergio, de los amigos judíos, de la sensación de derrota de haber perdido el departamento de dos ambientes en el Once que compró rompiéndose el culo, cuando su matrimonio iba bien y los cachorros rubios eran un sueño.

Estoy diciendo que me voy, que es tarde, y otras pamplinas, cuando Federico entra de nuevo, decidido a buscarme. Tomamos café, salimos, paramos el primer taxi, descubrimos que somos vecinos, viajamos juntos de madrugada, bajando por Viamonte como por una autopista. Me invita a bajar en su casa, le digo que sí, pago, y sólo entonces tengo la leve sospecha de que me ha *levantado* y que su actitud, entre tímida y divertida, conserva un pequeño matiz de burlona duda. Fumamos chocolate, tomamos vino blanco, y el departamento parece colgado de la bóveda del cielo. Hablamos, hablamos, hablamos. Creo que una vez dentro del mecanismo me *defiendo* hablando. Me muestra el balcón, su dormitorio, la discoteca. El departamento es de *un amigo* que está en Nueva York. Estamos cara a cara, ahora, en el símil bar de taburetes altos que separa a la cocina posmodernísima del living. Sus ojos brillan y en un gesto infantil de extrema delicadeza se acaricia el pelo como desenredando inexistentes enredos. Hoy, ocho años después, cuando pienso en su actitud de ese momento, lo veo como un torero preparándose para una estocada. "¿Me podés decir —susurra, y se ríe— hasta qué hora vamos a seguir jugando al periodista y al músico?" Me quedo mudo. Tiene razón.

Lo siguiente que recuerdo es el amanecer anaranjado.

* * *

Existen en la vida buenas personas y personas que *trabajan* de buenas personas. Como aquel que se cree su propia mentira hasta transformarla en una casi verdad, defendiéndola incluso a muerte, los que *trabajan* de buenas personas, en lugar de serlo, denben ser asumidas como seres temibles: ambiciosos ocultos, vampiros del afecto. Como el que mantiene una mentira hasta la última consecuencia, y contra todas las evidencias, el que te ha hecho *un trabajo* de buena persona —para ganar tu confianza, para acceder a tu intimidad, para limpiarte del camino después de haberte usado— jamás lo reconocerá abiertamente cuando te cague. Una buena persona que te caga, o comete un error, lo reconocerá, más temprano que tarde. El que te ha hecho *un trabajo* de buena persona, jamás. Para su estrategia global, significaría algo irreparable. Sin embargo, para el que sabe ver, experiencia ligada en forma indisoluble a frustraciones previas con esta clase de sujetos, ese dato, esa nadería, suele ser índice seguro.

Los que *trabajan* de buenas personas, para pasarla mejor, o porque no se bancan revelarse tal cual son —los lagartos de Invasión extraterrestre *necesitan* mimetizarse con humanos, si bellos mejor— son una raza ciudadana infinitamente más peligrosa que las malas personas. En ambientes cerrados que a veces parecen cotos (¿de ahí viene cotolengo?), el de los escritores, el del rock, el del periodismo, el de los empresarios, el de los cineastas, el de los actores, los *trabajadores de buenas personas* podrían construir si no un gremio por lo menos una mutual. El problema central es que las buenas personas no viven dando pruebas de serlo, y los que *trabajan* de buenas personas suelen desvivirse por exhibirlo generosamente, incluso al punto de conflictuarte, de meterte en intríngulis afectivos, en laberintos ideológicos, en callejones sin salida. A veces, son como una droga, e incluso su desaparición revela el tenor de nuestra adicción. Sólo cuando uno está curado —con frecuencia, *de espanto*— y se siente en condiciones de ser autocrítico puede dimensionar hasta qué punto fueron sus carencias, sus baches, sus manías las que le hicieron entrar en los sofismas de esa persona que ayer te presentaba a su familia en una cena en tu honor y hoy que, digamos, ascendió socialmente o ganó dinero, o se casó, o cambió de trabajo, o se hizo jefe, o ganó un premio, o se divorcio, o vendió muchos discos o libros, o empezó a ser consultado por las revistas semanales, o tiene un romance tórrido, apenas te saluda como rendido ante lo inevitable, o dice "hace tiempo que no lo veo" cuando le preguntan por vos, como fastidiado de que un tercero te saque a colación, o busca liquidar con rapidez la situación del encuentro casual pretextando un apuro inexistente. Habitualmente, reposicionados, los *trabajadores* de buenas personas están ya en nuevos *trabajos*.

* * *

Federico Moura era una buena persona. Las escasas veces en que tuve ganas de contarle a alguien la historia de aquella noche cálida y de terciopelo, usualmente me preguntaron si habíamos cogido y no me creyeron cuando respondí que no. Un amigo gay repetía que es increíble cómo la gente cataloga a la gente por sus preferencias respecto de un asunto —el sexo— que en el mejor de los casos le lleva a una persona, digamos, 20 de las 168 horas que tiene una semana. (Ojo que el cálculo incluye casi tres horas diarias de sexo, una barbaridad o una condena para el común de los mortales.) Pero es así. Desde que Federico murió de SIDA en 1988, las escasísimas veces en que surgió el tema en alguna conversación, noté cómo me miraban inquisidora y tristemente algunas de esas personas —sí, buenas y *trabajadoras* de buenas— que sabían algún detalle, y que sólo mi aspecto robustiano les devolvía tranquilidad y reposo. Más de una de ellas se ha quedado perpleja alguna vez que me sorprendió a los abrazos y besos con Fernando Noy, y su pureza trola. Noy es algo más que una buena persona, es una bella persona.

Es curioso. Cuando vuelvo a pensar sobre aquella buena época en el rock porteño de mediados de los 80 —cocaína, desenfreno, Alfonsín, optimismo, velocidad, velocidad, velocidad—, cuando Fito Páez y Calamaro podían ser *solistas* de *proyección* y a la vez tecladistas de las bandas de Charly García, no dejan de asaltarme las imágenes de las muertes de Federico, de Luca, de Miguel Abuelo, especies de síntomas brutales, de precios, de corolarios de un síndrome de vacío y búsqueda, de experimentación, de desenfreno, oscuridad y clandestinidad.

* * *

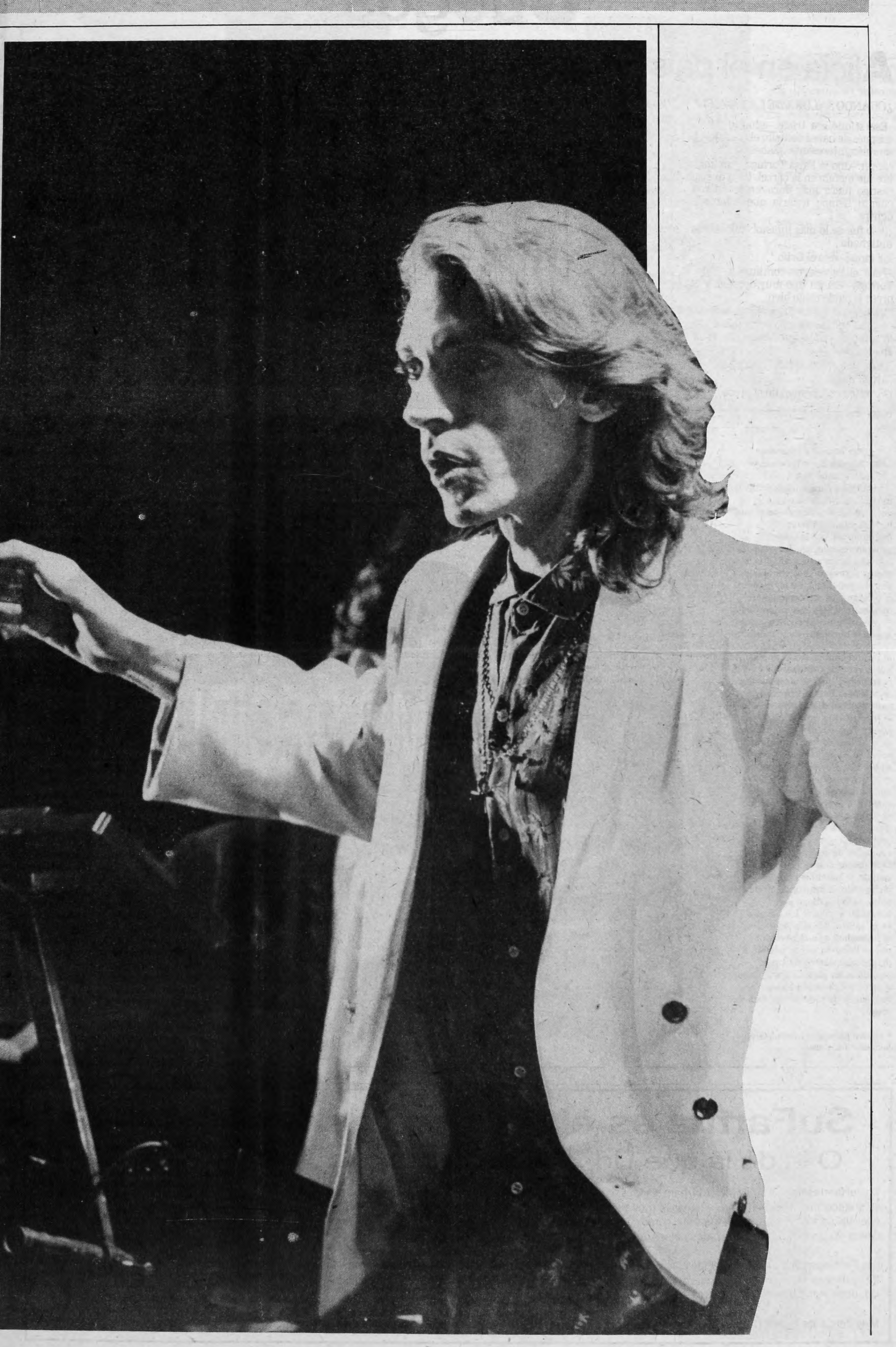
Federico tenía una apreciable ventaja sobre otras buenas personas: se le notaba, era transparente. Tal vez tenía un aura. Jamás *trabajó* de buena persona, y me consta que tenía un instinto especial para distinguir a los que sí. Un periodista progre *astuto al extremo* le preguntó cierta vez sobre si no era muy explícito incluír un dibujo de un culo masculino en el disco *Superficies de placer* y Federico le contestó que no encontraba la relación, que no entendía la alusión, y lucía por fuera honestamente desconcertado pero su interior bullía de satisfacción por resistir la tentación de ser puntual, o enojarse, o embolarse, y mantener el juego a aquel que no se animaba a preguntarle de una y de frente por la homosexualidad. Cuando me contaba la anécdota, un día después en la calma blanca del departamento viejo que había comprado en Piedras, entre Venezuela y Belgrano, donde moriría poco después cantando en susurros a su madre una canción como muy antigua, sus ojos brillaban de emoción y encanto. Le fascinaba no ser primitivo ante las agresiones y al tiempo se primitizaba al extremo a la hora de jugarse, y poner el cuerpo si era necesario.

Eso —la sensación de haberme topado con una buena persona con un aura invisible pero presente, y su primitividad, sublimada en aristocracia de las formas— tenía en la cabeza, entre otras cosas etéreas, aquella noche rumbo al día en que emboqué el ascensor y salí del departamento colgado de la bóveda del cielo, hace tanto que ya parece un siglo. No he vuelto a ver en Buenos Aires amaneceres anaranjados.

Carlos Polimeni —editor del suplemento **No** de este diario y autor de una biografía best seller sobre el santo ítalo-argentino Luca Prodan— viene preparando hace tiempo un libro cuyo título provisorio es "Historias de sexo, drogas y rock and roll". El fragmento que aquí adelantamos tiene que ver con otro angel caído —Federico Moura— y con las verdaderas buenas personas. Mejor hablar de ciertas cosas, de ciertos virus.



Martes 23 de febrero de 1993



Juegos

Alicia en el país de las adivinanzas

¿CUANDO SALDRA DE LA CARCEL?

–Ese *sí* que era triste –admitió Alicia después de haber resuelto el acertijo–, y también interesante. ¿Sabes otro?

–A ver –dijo la Falsa Tortuga–, un hombre fue metido en la cárcel. Para que su castigo fuera más duro no le dijeron cuánto tiempo tendría que estar allí dentro.

–¡Eso fue de lo más injusto! –dijo Alicia indignada.

–¡Y tanto! –dijo el Grifo.

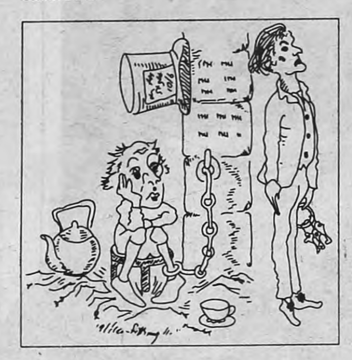
–Pero el carcelero –continuó la Falsa Tortuga– era un tipo muy decente, y el preso le había caído bien.

"Vamos" –suplicó el preso al carcelero–, ¿no puedes darme una *pequeña* pista sobre el tiempo que tendré que estar en este lugar?»

"¿Cuántos años tienes?", preguntó el carcelero.

"Veinticinco", respondió el preso.

"Yo tengo cincuenta y cuatro", dijo el carcelero.



"Dime, ¿qué día naciste?"

"Hoy es mi cumpleaños", respondió el preso.

"Increíble", dijo el carcelero. «¡También es el mío!

Bueno, por si te sirve de ayuda te diré (no es que deba, pero lo haré) que el día en que yo sea exactamente el doble de viejo que tú, ese día, saldrás.»



Solucion

ALICIA EN EL PAIS DE LAS ADIVINANZAS:

¿Cuándo saldrá de la cárcel?: Cuando el carcelero tenga el doble de años que el preso, la diferencia entre sus edades será la edad del preso. Además, la diferencia entre sus edades será la misma que ahora, es decir, 29 años. Así que cuando el preso tenga 29 años, el carcelero tendrá el doble (58). El preso tiene que esperar 4 años.

DIAGNOSTICOS Y SUGERENCIAS

COMO DECIRLO

*(Por Marcelo Giterman *)*

Cuando el portador se ve obligado a concurrir a laboratorios para análisis clínicos, interactuar con médicos y enfermeras, debemos destacar que no está eligiendo estas interacciones; por lo tanto, generan resistencias. En ocasiones, son necesarios varios análisis en cortos períodos. A veces los que dan los resultados de los estudios se olvidan, que son personas las que los reciben y que deben seguir su vida. No se tiene en cuenta la angustia que conlleva el momento de la "verdad", que atenta contra la posibilidad de escuchar las pocas recomendaciones posteriores, que en escasos lugares se brindan. Es fundamental tomarse tiempo para trabajar con la información que la gente ya posee. Todos tenemos algún nivel de información pero no la que nos sirve, ni siquiera está elaborada. Por ello es necesario entrenar a las/os técnicos de laboratorio para tener una entrevista previa a la extracción de sangre donde se pueda informar qué significa un resultado negativo, positivo, la necesidad de ser confirmado, etc. Debe haber una o más entrevistas cuando se da el resultado, incluyendo la participación de un médico y/o psicólogo para aconsejar y sugerir los pasos a dar en el futuro. De ello dependerá en gran medida que el portador pueda llevar lo mejor posible el diagnóstico dentro de sus posibilidades para cuidarse, cuidar a otros y que pueda tomar conciencia de todo lo que está en juego.

** Médico psiquiatra y psicoterapeuta familiar e individual.*

